

que los componen, el haberlos coordinado y el haber hecho que esos monumentos se iergan dominando los horizontes del saber.

Común sentir entre los que cultivan la filosofía de las ciencias es, que si es precioso el descubrimiento de una verdad, más valer tiene aún el perfeccionamiento del método: preciosos fueron, á no dudarlo, para el progreso de la astronomía moderna aquellas maravillosas verdades contenidas en las leyes de Kepler y en la ley de Newton; más para la filosofía natural fueron más meritorias aún la luminosa generalización por medio de la cual estableció Kepler sus leyes inmortales, y la correcta y admirable inducción que condujo á Newton á descubrir el gran principio de la gravitación universal.

Memorable en verdad es para la moderna ciencia la creación de la Química que escudriña la composición de los cuerpos, que determina sus afinidades, que enumera sus combinaciones, que, manipuladora habilísima, hace y deshace, ora descomponiendo los compuestos más estables, ora simulando el poder creador, produce cuerpos que las fuerzas naturales no tuvieron ocasión de producir; pues por más memorable aún debe tenerse el perfeccionamiento del método que tales prodigios alcanzó, de más precio aún debe considerarse aquella nomenclatura maravillosa que introdujo el orden en lo que era confusión, y que, semejante á la sublime imagen bíblica, fué el *fiat lux* que disipó las tinieblas del caos.

Si comprobación necesitase el aserto apoyado en las anteriores consideraciones, la encontraría sobrada en el análisis de los diversos títulos con que reclaman la admiración de la posteridad ciertas figuras excelsas del pensamiento y del saber. Si fuera cierto que sólo se estima el descubrimiento felizmente realizado, la verdad definitivamente adquirida, no alcanzaríamos por qué se considera como insignes filósofos y como sabios de primer orden á investigadores que en punto á descubrimientos fueron infelicitísimos, si no fuera porque las mejoras que alcanzaron en el método compensó y más el ningún adelanto que comunicaron á las doctrinas.

Entre muchos ejemplos que pudieramos citar á este propósito nos contentaremos con mencionar dos de los más elocuentes y decisivos: Reeuérdese que Bacon fué infelicitísimo en todas las investigaciones que emprendió, mas tuvo la sagacidad y el tino de percibir con claridad cual es el sello característico de la inducción, y ésto hale bastado para figurar en los anales del pensamiento al lado de las más eminentes figuras de la filosofía.

Refiérese nuestro segundo ejemplo á una figura más modesta, aunque no menos importante: más modesta porque operaba en un campo más reducido, porque se cernía sobre un horizonte menos extenso, alzándose á capas atmosféricas menos encumbradas: Broussais no pretendía reformar la filosofía toda, no trataba de agitar en su imponente conjunto la mole colosal del saber humano, pretendía simplemente modificar y perfeccionar las ciencias médicas. Pues bien, á pesar de su saber, vastísimo, de su ardiente deseo, de su poderosa inteligencia y de aquellas dotes brillantes que tantos apasionados discípulos le valieron, no consiguió aumentar el caudal de los conocimientos médicos con una sola doctrina valiosa, todas las que elaboró su inquieta y febril capacidad desvaneciéronse apenas hubo desaparecido su celeberrimo autor. ¿Por qué, pues, entonces considerar á sabio tan estéril en punto á descubrimientos como una de las grandes figuras médicas de este siglo? ¿por qué su fama se equipara con la de Sidenham, el inglés, con la de Boerhaave, el holandés, y aun casi di-